

LA TERCERA
Santiago de Chile
Domingo 21 de junio de 2009

Hortensia Bussi, peregrina itinerante de la historia

Su vida no fue fácil, no era una triunfadora nata. Tuvo una vida compleja, de pasiones intensas, muchas veces contenidas. Salvador Allende era el hombre de esa vida, a él la dedicó, él fue su faro y en algunos momentos puede haber sido también su cruz.

Por Eduardo Labarca *

Con Hortensia Bussi se va una página de nuestra historia actual y comienza a escribirse un folio de la otra. Nadie queda ahora que a lo largo del siglo XX y de los años iniciales de este siglo haya sido protagonista como ella de los momentos estelares y de los instantes negros del drama nacional.

La vida de Hortensia Bussi no fue fácil, no era una triunfadora nata, pero a la hora del balance puede decirse que triunfó. Desde muy niña tuvo que navegar por situaciones difíciles. Además de paciencia, se precisaban la capacidad de callar y habilidad para desplazarse tras los biombos y controlar las expresiones del rostro, sin por ello perder identidad.

La suya ha sido una vida compleja, de pasiones intensas, muchas veces contenidas. Salvador Allende era el hombre de esa vida, a él la dedicó, él fue su faro y en momentos puede haber sido también su cruz. Al sobrevivirlo por más tiempo que los 34 años de convivencia que tuvieron, ella alcanzó su plenitud humana, y podría decirse su gloria, en la viudez.

La existencia de Hortensia Bussi tuvo etapas marcadas: los años de la inocencia en Valparaíso; el despertar como joven mujer en Santiago; las tres décadas de matrimonio con el diputado, el ministro, el senador Salvador Allende; los tres años de primera dama en el gobierno de la Unidad Popular; los 17 años de exilio y liderazgo; los 19 años de residencia discreta de regreso en la patria.

En el propio nacimiento de Hortensia flota un hálito de ambigüedad. Era hija de Ciro Bussi, un marino mercante hijo de italiano y capitán del “Aromo”, que decidió bajarse del buque y se fue a arruinar como agricultor improvisado en Machalí. El 22 de julio de 1914, un mes antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, en medio del derrumbe de la economía familiar, la niña María Hortensia Mercedes Bussi Soto vino al mundo en Rancagua, en una casa de calle Ibieta, según su certificado de nacimiento. Al poco tiempo don Ciro se trasladó con la familia a Valparaíso.

Debido quizás a que en los años en que vivió en la casa de la calle Papudo, Hortensia quiso que se olvidara -tal vez ella misma olvidó- su origen rancagüino y prefirió que sus biógrafos dijeran que había nacido en Valparaíso, en un juego de espejismos que compartirá con su esposo Salvador, que declaraba haber llegado al mundo en el Puerto, aunque en el registro civil figura naciendo en la avenida España de Santiago.

Mercedes Soto, la bella esposa de Bussi, tuvo tres hijos y murió cuando Hortensia, apenas había cumplido tres años. El padre volvió a casarse y Tencha y sus hermanos fueron criados por una madrastra a la antigua y muy católica, que instaló en la casa altares que oprimían el espíritu de Hortensia, niña soñadora de cara redonda. Aunque bautizada y confirmada, Hortensia rehuía las iglesias y enmisa solía desmayarse.

El carácter de adolescente de Tencha se forjó en la resistencia callada ante las trabas que le imponía la madrastra para que no fuera “por mal camino”. Era inteligente, destacada alumna y su belleza la elevó a la categoría de dama de honor de Julia I, reina de la fiesta de la primavera en Valparaíso, donde los entusiastas aplauden más a Tencha que a la monarca. Ya entonces surge la polémica sobre el color de los ojos de Hortensia: color miel, dicen unos, otros insisten en que es ámbar. Pero todos coinciden en que no tienen igual.

Venciendo la resistencia del padre, Hortensia parte a estudiar a Santiago. En la calle Picarte del barrio Independencia la recibe la tía Olga López, maestra, hermana de la madrastra, pero en todo opuesta a ella. Olga es sindicalista, feminista, revolucionaria y su cercanía le abrirá el mundo a Tencha y marcará su destino. Estudia para profesora de historia en el Instituto Pedagógico y se incorpora a la vorágine de una vida estudiantil y bohemia.

Quiebre familiar

Ingresa a la Juventud Socialista, viste el uniforme de la milicia del partido y huye en la Alameda de los policías montados que blanden sus lanzas contra la multitud. Los estudiantes, entre ellos uno de Medicina llamado Salvador Allende- luchan en 1931 contra la dictadura del general Ibáñez y la estudiante Bussi asiste a las asambleas, donde habla poco, pero dice la palabra precisa.

El ambiente en que se desplaza Tencha es muy liberal, pero su integración sin prejuicios no es sencilla. En 1933 el padre se traslada a Santiago, a una casa de la calle Maruri. Pero a los ojos de don Ciro y de la madrastra, Tencha ya no es la misma. Hay dolor, hay sufrimiento. Al final, hay ruptura.

El padre expulsa a Hortensia de la casa y la joven de 24 años, sin medios económicos, recibe el apoyo de sus compañeros.

Se instala a vivir y a llorar en una pensión del barrio San Alfonso, cerca de la Estación Central. No ha terminado los estudios y se sustenta con reemplazos como profesora de historia. Está decidida a salir adelante, pero la realidad de la profesión de maestra la desilusiona. Prefiere estudiar rápidamente bibliotecología, una profesión que le permitirá trabajar 17 años en la biblioteca del Servicio Nacional de Estadísticas. Nunca se graduará de maestra.

Hortensia buscaba su destino y la aparición de Allende dio el contenido que faltaba a su vida. Según la leyenda, se habrían conocido en Santiago en la noche del terremoto de

Chillán, el 24 de enero de 1939, cuando cerca de medianoche ella huía de los remezones. Presentación, conversación, atracción, cita, encuentros. La pareja surgió como un prodigio natural. La joven esposa asumió el riesgo de eclipsarse tras un hombre, de vivir iluminada por él. Llegaron las tres hijas -Carmen Paz, Beatriz e Isabel- y vino la maratón con altibajos, caídas y repechadas, la carrera larga de Allende hacia el poder.

La viuda de Allende

El día del golpe militar mantuvo su puesto en la residencia de la avenida Tomás Moro, bombardeada antes que La Moneda, refugiándose bajo un escritorio con los perros aullantes de Salvador. Cuando le informaron de la muerte del Presidente, ella encontró su voz. Fue al Hospital Militar a exigir infructuosamente que le entregaran el cadáver y luego voló en un DC-3 de la Fuerza Aérea a la base de Quintero sentada junto a la urna sellada.

En el cementerio de Santa Inés, en lo alto de Viña del Mar, los oficiales vieron surgir ante ellos a una adversaria poderosa. Hortensia Bussi habló con voz entera. Anunció que estaban sepultando al Presidente de Chile. “No me van a ver llorar”, decidió en ese momento.

A partir de ese instante, su vida en el exilio consistió en la reconstrucción de sí misma y la conquista de un papel en la historia. Por razones de seguridad, utilizaba una chapa: Flor García. A Tencha los médicos le desaconsejaron los viajes, pero dedicó 17 años a volar a todos los rincones del planeta.

Atravesó por momentos de gran dolor. El más terrible fue el suicidio en Cuba de Beatriz, su hija revolucionaria. Y desde entonces, no cejó hasta lograrlo, en su decisión de reunir en el cementerio de Santiago los restos de Salvador y de Beatriz. Hortensia Bussi, cuya muerte enluta a Chile, se reúne ahora con Allende y su hija Beatriz, en el mausoleo de la familia.

© Eduardo Labarca